CARLOS V COMO ESTADISTA CRISTIANO

POR

PETER RASSOW

Difícil será encontrar un hombre de Estado de quien podamos afirmar con mayor certeza que del Emperador Carlos V, que quiso ser un "estadista cristiano".

Las esferas en que se desarrolló la vida del Emperador formaban un gran sistema de obligaciones que le situaban, como cristiano, dentro de un conflicto de conciencia. Cuatro eran estas supremas esferas de obligaciones:

1.ª El sistema de Estados, grandes y pequeños, que se sentían soberanos.

2.ª El Imperio Alemán, del que no se sabía aún si el Imperio mismo o los grandes territorios llegarían a ser Estados.

3.ª El movimiento luterano, el cual tomaba en Alemania y fuera de ella tales proporciones que los órganos eclesiásticos, por sí solos, no podían ya dominarlo. Fué preciso pedir ayuda al "brachium saeculare", al brazo secular. En Francia, España e Inglaterra era evidente que quien debía aprontar este brazo secular era el Rey. En Alemania, por el contrario, resultaba dudoso si el brazo secular competente era el del Emperador o el de los señores territoriales; y

4.ª La cristiandad, amenazada entonces por los turcos otomanos en Austria y en todas las costas meridionales de Europa.

Tales eran las cuatro esferas vitales en que Carlos, desde su nacimiento en el año 1500, se vió situado.

Los dos maestros que ejercieron mayor influencia sobre su formación fueron Adriano de Utrecht y Guillermo de Chièvres. Adriano de Utrecht era sacerdote, adepto al círculo holandés de la devotio moderna y amigo de Erasmo. Adriano le había inspirado el respeto por la personalidad de Erasmo, que conservó hasta la muerte de éste en 1534, y al mismo tiempo la convicción de que la salvación de la Iglesia debía buscarse en una reforma según las ideas de Adriano y de Erasmo. En cuanto a Guillermo de Chièvres, era un miembro del sistema estatal, un borgoñón que procuraba influir en la situación política con la intención de obtener siempre el mejor resultado para Borgoña.

Cuando Carlos, poco tiempo después de la subida al trono, hubo de trasladarse a España para apoderarse de las riendas del gobierno,

también allí tuvo que vencer inmensas resistencias hasta afianzar su dominio en Castilla y Aragón.

En aquellos años de 1516-1519, el Emperador Maximiliano, abuelo de Carlos, entabló negociaciones con el fin de hacer elegir a éste sucesor suyo en el Imperio.

En relación con estas negociaciones de Maximiliano sobre la sucesión de Carlos a la dignidad imperial, el movimiento luterano, que comenzó en 1517, careció de importancia. Es poco probable que Carlos tuviese en España noticias concretas sobre él. Y si bien él sabía que la intención de Lutero era enmendar los defectos existentes por aquel entonces en el sistema de la Iglesia, noticias tales no podían sonar muy extrañas a sus oídos. Todo esto cambió cuando, en 1519, murió el Emperador Maximiliano sin haber concluído las negociaciones en torno a la sucesión. Durante unos meses se ignoraba a quién elegirían por fin los Príncipes electores. En vista de esta situación, Margarita, tía de Carlos, princesa reinante de los Países Bajos y mujer dotada de extraordinaria inteligencia política, sugirió en marzo de 1519 a su sobrino, a la sazón en España, que los electores tal vez encontraríanse predispuestos, ante el excesivo poderío de Carlos, a elegir a su hermano Fernando, que sólo era Archiduque de Austria. Contestando a esta propuesta, Carlos se refiere, por primera vez de manera bien perceptible para nosotros, a su concepto religioso de la idea imperial. Expone a su tía que las tres grandes misiones imperiales (1.º, mantenimiento de la paz entre los príncipes cristianos; 2.º, lucha contra los infieles, y 3.º, lucha contra los disidentes dentro de la cristiandad) sólo pueden realizarse si el Emperador reúne en su mano todo el poder que, por voluntad de Dios, le cupo en suerte. He aquí el primer gran conflicto entre la táctica política y la conciencia de un apostolado cristiano, conflicto que Carlos resolvió en favor de este último, manteniendo hasta el fin este criterio sobre la idea imperial. Como vemos, era un criterio religioso que se extendía a la cristiandad entera. Carlos fué elegido Rey de Alemania y Emperador Romano. Por su elevación a la dignidad imperial pasó a ser al mismo tiempo Rey de Alemania y entró así en la órbita del Imperio, es decir, en la polaridad entre los Estados del Reino y el Emperador. Cuando apareció en Alemania, los electores le hicieron sentir en seguida su poder. Fueron ellos quienes exigieron del Emperador que sometiese al orden del día de una Dieta del Imperio la cuestión religiosa, o sea el problema luterano. ¡Acontecimiento inaudito! Carlos accedió a esta exigencia. Necesitó el apoyo de los Príncipes. Ni por un instante simpatizó con Lutero y su movimiento. Pero creía su deber de cristiano reconquistar por persuasión y convencimiento a los que se ha-

bían desviado del camino de la ortodoxia; llegar, mediante discusiones, si era preciso, a un arreglo o acuerdo en las cuestiones litigiosas, para después hacer suyas las exigencias de reformas exteriores de la Iglesia, exigencias que le eran familiares desde su juventud, y realizarlas con sus recursos en la medida de lo posible. Carlos y Lutero se enfrentaban, pues, como dos reformadores de la Iglesia. Carlos veía, en la reforma eclesiástica que anhelaba, una parte de su misión imperial. El resultado de las prolongadas discusiones con Lutero, en Worms, fué la proscripción de este último a fines de mayo de 1521. Pero cuando en aquel mismo año murió el Papa León X, el mismo Emperador que promulgó el Edicto de Worms hizo recaer la dignidad pontificia, en enero de 1522, en un reformador de la Iglesia: su maestro Adriano de Utrecht. Sólo que este Papa reformista murió año y medio después. Mientras tanto, en todos los frentes, había estallado la guerra de Francia contra el Emperador, y Carlos no logró dar a Adriano VI un sucesor del mismo espíritu y parecidas intenciones. Fundamental para el juicio histórico sobre estos años decisivos de la Reforma, de 1520 a 1525, es reconocer cumplidamente que el movimiento luterano sólo pudo sobrevivir gracias a la protección de los grandes Estados del Reino. Entre tanto, y después de duras luchas, Carlos había establecido su dominio en España; sus ejércitos habían vencido a las potencias que se habían coaligado contra él en Italia: el Papa y el Rey de Francia. La Paz que Carlos concluyó con los dos fué la de un "hombre de Estado cristiano": acuerdo y compromiso con las dos partes. Carlos buscó este acuerdo en la convicción de que él mismo era un reformador de la Iglesia. A esta gran empresa sirvió también la *Dieta de Augsburgo,* en 1530. Carlos estaba persuadido, y con razón, de que a través de sus negociadores, inspirados en las ideas de Erasmo, estaba muy cerca de la paz, es decir, de la unidad de la fe. Pero tuvo que dejar su obra sin acabar, pues en aquel momento los turcos avanzaban sobre Viena. Fué un verdadero conflicto trágico en el corazón del monarca, quien, justamente como "hombre de Estado cristiano", se vió obligado a abandonar la lucha contra el enemigo interior de la cristiandad, para enfrentarse con el enemigo exterior. ¡Cuánto provecho no sacaron los protestantes de estas guerras contra los turcos! Pero es menester recordar también los continuos esfuerzos del Emperador en la Curia de Clemente VII y Pablo III para conseguir la convocación del Concilio universal de Reforma, cuyas decisiones habrían de hacer perder terreno a los protestantes. Con quien tenía que habérselas la Curia Pontificia en la persona de aquel "estadista cristiano" quedó patente en una grandiosa escena que tuvo lugar en el Vaticano en la Pascua de 1535. El Emperador

esperaba al Papa en una de las salas que éste había de atravesar, saliendo de sus aposentos, para acudir a la misa en la iglesia de San Pedro. Carlos sorprendióle entonces con un discurso que duró más de una hora y en el cual reclamó al Pontífice la condenación pública de la política francesa, ofreciéndose a resolver en un duelo su conflicto con Francisco I, a fin de evitar la inminente guerra con Francia. Este episodio memorable compendia todos los rasgos que hacían de Carlos un "hombre de Estado cristiano". La tentativa, grandiosa pero imposible de realizar, fracasó por completo: el Papa eludió la demanda. Y el Emperador se dió cuenta claramente de que el francés, el turco y el Pontífice le habían impedido alternativamente llevar a cabo su obra de reforma y de paz en el seno de la cristiandad. Con no menor claridad hubo de reconocer que, como Rey de Alemania y Emperador Romano, no podía ya reprimir en Alemania la alianza entre la herejía y el Estado territorial. Ocurriósele entonces, poco después de 1540, la idea de que debía tratar de deshacer por la fuerza la alianza entre la herejía y la oposición de los Estados del Reino. También esto era, desde el punto de vista político, una utopía, pero al mismo tiempo, más que nunca, el programa de un "estadista cristiano". A pesar de la victoria de Mühlberg, Carlos volvió a fracasar totalmente en los ensayos de realización de su programa.

Ahora, sin embargo, veía todo con nitidez: su política imperial sólo sería realizable si el Emperador, quienquiera que fuese, reunía en su mano *permanentemente*, además de las fuerzas —poco importantes— del Imperio, las de Borgoña, España e Italia. Y a este fin se encaminó, desde 1548, su proyecto de asegurar a su hijo Felipe la sucesión inmediata en el Imperio. Pero también este plan se frustró. El único resultado fué el grotesco tratado de sucesión, según el cual en el Imperio hubiese debido suceder Fernando a Carlos, Felipe a Fernando y Maximiliano a Felipe.

El pensamiento fundamental de Carlos como "estadista cristiano" fué el de reunir un poder inmenso bajo la idea imperial religiosa. El Emperador fracasó punto por punto al intentar dar realidad ejecutiva a esta idea. Pero la misma sublimidad que caracteriza a ésta, marca también la consecuencia que Carlos sacó de su fracaso: no renunció a la idea; le sacrificó su persona, abdicando. Carlos se habría traicionado a sí mismo y habría traicionado su sagrada misión si hubiese firmado el Tratado de Paz religiosa en Augsburgo. Por eso su abdicación señala el fin de Carlos como "estadista cristiano" y al mismo tiempo el fin de la idea medieval del Imperio.

Peter Rassow.
Cyrlhofstrasse, 22.
COLONIA (Alemania).